



POIRE

TRIPLICE

CORONA

1

BT600

P65

v. 1

1854-55

008751



EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080014872

TIP. CATÓLICA CASALS
SECCIÓN DE LIBRERÍA
CASPE, 109. - BARCELONA

V. = 2

LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARIA, MADRE DE DIOS.



LA TRIPLICE CORONA

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

MARIA, MADRE DE DIOS,

TEJIDA DE SUS PRINCIPALES GRANDEZAS

DE EXCELENCIA, PODER Y BONDAD,

Y ENRIQUECIDA CON DIVERSAS INDUSTRIAS PARA AMAR, HONRAR
Y SERVIR Á ESTA SEÑORA:

OBRA ESCRITA EN IDIOMA FRANCÉS

POR EL P. FRANCISCO POTRE,

de la compañía de Jesús,

Y TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR DON JUAN DE VILLASEÑOR Y ACUÑA,

Director de la Biblioteca religiosa.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

TOMO I.

MADRID:

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REINO

A CARGO DE D. A. AVRIAL

1854.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

45350

BT 600

P65

V. I
1854-55



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

02820

... de esta obra...
... de esta obra...
... de esta obra...

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

... de esta obra...
... de esta obra...
... de esta obra...

No es mi ánimo decir una palabra siquiera del mérito de esta obra, del cual hablan suficientemente y con su acostumbrado acierto los sabios editores en la prefacion que se sigue á esta Advertencia. Solo intento explicar una novedad que he introducido en la edicion publicada por los monjes benedictinos de Solesmes, que es de la que me he valido en esta traduccion. A impulsos sin duda del amor que todo cuerpo tiene á los miembros eminentes del mismo, los sabios individuos de aquella congregacion intercalaron en la obra del erudito y piadoso jesuita varias adiciones ó aclaraciones escritas por la madre Maria Jacoba Blouette de Blemur, religiosa de la misma orden. Sin negar yo la importancia de algunas de estas adiciones y reconociendo en todas la uncion de quien las escribió, he creido que si el libro del P. Poiré es una joya tan preciosa como sus mismos editores manifiestan en la prefacion, no debe de añadirsele ninguna otra piedra, que aunque de valor y estimacion, al cabo es

TOMO I. B

008761

obra de otra mano y pudiera muy bien ó deslucir la pieza primitiva, ú oscurecerla por su brillantez y primor. Y á fé que ni lo uno ni lo otro parece que cuadra á quien desentierra la joya ponderando su precio y con deseo de que se admire y estime mas que cuando salió de las manos del lapidario.

Ve aquí la razón por qué después de haber tomado luces de persona entendida y competente en la materia he juzgado que debía de suprimir en el texto del escritor jesuita los pasajes intercalados por los padres benedictinos de Solesmes. Mas como por otra parte reconozco lo que valen muchas de las adiciones de la madre María Jacoba de Blemur, no queriendo privar de ellas á mis lectores, he pensado que era mejor poner al pié de cada página por via de nota las que sean breves, y al fin del tomo las de mas extension. A mi entender se concilia todo por este medio: no se intercala en el texto original del P. Poiré ninguna produccion extraña; no se omiten las reflexiones, á las veces muy luminosas y llenas de uncion, de la fervorosa benedictina; y colocándolas por via de notas al pié de las páginas ó al fin del libro, queda enteramente al arbitrio del lector el leerlas ó pasarlas por alto.

PREFACION DE LOS EDITORES FRANCESES.

TAL vez causará admiracion el ver que se reimprima una obra publicada en 1643; y el olvido en que yace, hará aun mas inexplicable nuestra solicitud por sacarla á luz de nuevo. Ya contábamos con esta primera acogida del público, cuando formamos el plan de dar una nueva edición de *La triple corona de la bienaventurada virgen María, madre de Dios*; y sin embargo lejos de desalentarnos nos sentimos con mayores brios para llevar adelante nuestra empresa.

En efecto nos pareció que un libro que puede contribuir á fundar sobre basas mas firmes la devocion á la Virgen santísima, no podía venir mas á propósito en un tiempo en que su culto, tan olvidado en Francia por muchos años, se reanima con inesperado fervor y hace presagiar nuevas mercedes y una proteccion nueva en favor de nuestra patria de parte de aquella á quien los trastornos políticos no quitarán el titulo de reina de los franceses, así como tampoco han podido los esfuerzos de la herejía arrebatarle el de reina del cielo y de la tierra.

Las almas son arrastradas cada vez mas por un dichoso impulso hácia la madre de las misericordias. ¡Cuántos corazones que no conocian á Dios hace algunos años, viven hoy con la vida de la gracia, porque María se dignó de echarles una mirada de maternal ternura! Los fieles celebran ahora las fiestas de la madre de Dios con un entusiasmo y una confianza que recuerdan las edades de fé: el mes de María, que al principio se solemnizaba como con misterio

en algunos oratorios particulares ó capillas retiradas, se hace ya en los templos mas vastos y frecuentados con gran pompa y majestad, y de aqui adelante este culto formará parte de las costumbres católicas. En la capital de la Francia emanan incesantemente prodigios de gracia del sagrado corazón de María, que ha escogido por centro de sus influencias la iglesia de nuestra señora de las Victorias, ese trofeo de nuestra antigua fé sobre la herejía.

En todas partes se apiñan los fieles al rededor de la cátedra sagrada, desde donde se pregonan las alabanzas de María y se hacen públicos sus títulos á la confianza del mundo entero. Cada año, cada dia, por decirlo así, se dan á la estampa nuevos escritos, cuyo objeto es ensalzar á la madre de Dios y desahogar los sentimientos de amor y gratitud en que rebosan los corazones. Las prácticas de devoción á María que cualquiera hubiese creído disminuidas ú olvidadas, se han hecho mas preciosas que nunca para los hijos de la iglesia. El santo escapulario se viste con mas fervor: la devoción del rosario se practica con mas piadoso anhelo: las peregrinaciones á los santuarios de María son hoy mas frecuentes que nunca; y la medalla milagrosa adorna el pecho de los que creen y muchas veces de los que no creen.

Pero lo que da un testimonio aun mas relevante del dichoso impulso con que los pueblos fieles son llevados hácia María, es el entusiasmo ardiente con que la saludan en el misterio de su inmaculada concepcion. La fé, todavia libre, se anticipa donde quiera á la decision solemne de la iglesia, y es de esperar que no se concluya el siglo sin que la santa sede apostólica haya declarado como dogma la incommunicable prerogativa de la madre de Dios, pura é inmaculada en su origen, así como es llena de gracia en su incremento y consumacion.

¿Qué falta pues para el triunfo de María, á quien se rinden multiplicados homenajes siempre en aumento? Una sola cosa, y es que el sentimiento que lleva hácia ella á

los fieles de todas clases, y de dia en dia se hace mas dominante é irresistible, se ilustre por medio del profundo estudio de las grandezas y bondades de esa reina augusta. En una palabra es necesario que se estudie y comprenda mejor el dogma de María, madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, fuente de misericordia y columna de la iglesia. La leche de los niños debe de reemplazarse con el pan de los fuertes, y ya es tiempo de mostrar que si nuestro amor á la comun madre tiene su origen en el agradecimiento que concebimos por sus beneficios, estriba juntamente en toda la economía de nuestra santa religion, es decir, en el conjunto de verdades mas respetable y vasto que es dado al hombre conocer.

Amar á María es un deber de toda criatura de Dios: conocer á María es tener la seguridad de amarla siempre; pero al mismo tiempo es penetrar los divinos arcanos del misterio de la Encarnacion, en el cual nos ha dado Dios el medio de subir á él por la caridad. El dogma del hombre Dios es la clave de todas las verdades que creídas y practicadas nos conducen á nuestro fin: el dogma de la madre de Dios nos da nuevas luces para comprender mejor el don maravilloso que el Verbo divino se dignó de hacernos de sí mismo.

No basta pues para honrar á María cantar sus alabanzas y dejarse llevar del encanto de su amor. En las cosas de la religion el sentimiento procede de la fé, y la fé necesita dilatarse y acrecentarse siempre por la contemplacion de las verdades que nos revela. Dios ha hecho brillar su luz sobre nosotros á fin de que por nuestra parte la busquemos continuamente, y remunera siempre esta diligencia con nuevas ilustraciones. Estudiemos las sagradas escrituras; meditemos los insignes testimonios que dan de Dios y de su verdad; penetremos la enseñanza de la iglesia; comentario vivo de aquel libro divino; examinemos sus oraciones, los escritos de sus doctores, las actas y monumentos de su fé en

el discurso de los siglos; y bien pronto el dogma que ya nos arrebatava por un simple rayo vislumbado, se hará un sol esplendente ó incommensurable que derrame su luz sobre toda nuestra inteligencia y suministre á nuestro corazon un alimento de vida inagotable.

La comprension de las verdades de la fé ha perdido algo entre nosotros por haber despreciado este estudio que vivifica. Los lugares comunes se han sustituido las mas veces en lugar de la sólida doctrina, y se ha dado una parte excesiva al sentimiento, que abandonado á sí mismo ó se agota, ó se vuelve estéril. Demasiado se advierte ya esto en muchos libros de devocion y en ciertos panegíricos pronunciados á honra de María. Consideradas éstas obras por la superficie, parece que están llenas de vida; la expresion admira á veces por lo atrevida y oportuna; pero se acerca el tiempo en que se hará cada vez mas pobre la fórmula convencional: uno pretenderá todavía ser nuevo y no lo conseguirá sino á costa de hacerse singular: entonces será forzoso conocer que se iba por falso camino.

Tiempo es pues de estudiar á fondo el dogma cristiano en sus relaciones con la augusta madre de Dios. Así nos lo dicta y nos lo prescribe como un deber ya la sinceridad de los homenajes que tributamos á esta señora, ya el deseo que todos los hijos de la iglesia deben sentir de transmitir á otras generaciones su amor á aquella á quien *llamarán bien-aventurada todas las generaciones*.

Un libro exacto y profundo en su doctrina, vasto y por decirlo así universal en su plan y en todas sus partes, un libro empapado todo en la piedad antigua, al mismo tiempo que ofrece el conjunto mas magnífico de las verdades teológicas aplicado á su sublime objeto, un libro cuyo estilo es anticuado sin duda, pero en el que resplandece la mas elevada poesia, un libro que se compuso antes que dominase en Francia la influencia janseniana, y que sale de entre el polvo de las bibliotecas cuando todos los corazones y

todos los entendimientos no piden otra cosa sino conocer mas y mas á María para amarla cada vez mas y consagrarse con mayor ahinco á su servicio, un libro semejante nos ha parecido que era muy oportuno á la sazón y conveniente.

Cierto es que no faltan obras piadosas y eruditas sobre la madre de Dios, y si se quisieran reimprimir ahora todos los libros dignos de figurar en el plan de una biblioteca mariana, fácilmente podría subir su número á algunos millares de volúmenes. Pero era preciso escoger una obra que reuniese en lo posible los rayos esparcidos en esas obras innumerables, cuya serie empieza en S. Efen para llegar á la época de S. Bernardo, continúa en la edad media reuniendo en comun consorcio á los escolásticos y á los místicos, y se dilata al fin en esas grandes obras que los siglos XVI y XVII produjeron en Francia, en Bélgica, en Alemania, en España y en Italia con un lujo tal, que solo la defensa y demostracion especial de la creencia en la immaculada concepcion suministraron la materia de cien tomos en folio. *La triplice corona* consagrada á María por el P. Poiré, aunque no sea la última obra en fecha de las que consideramos como dignas de tan alto objeto, nos ha parecido que ofrece un resumen sustancial de todo lo mas magnífico y luminoso que se ha publicado sobre la reina del cielo y de la tierra en el discurso de los siglos. Esta es la razon de haberla escogido para satisfacer la necesidad de sólida doctrina de que hablábamos poco há.

Además dudamos que se encontrarán hoy muchos hombres capaces de concebir un plan semejante al de este libro, muchos doctores bastante profundos en la ciencia para desempeñarle con una facilidad y superioridad dignas de entrar en parangon con las que mostró el humilde escritor cuyo nombre sepullado en el olvido tratamos de resucitar hoy. En todas las páginas de su libro se echa de ver con el acento de una piedad que felizmente es de todos los tiempos, un gusto de ciencia teológica, una riqueza y una facilit-

dad de erudicion, que nos trasladan á aquella época en que la primera condicion pedida á quien queria escribir gravemente sobre materias religiosas, era la completa inteligencia de las ciencias eclesiásticas.

El P. Francisco Poiré nació en el año 1384 en Vesoul, ciudad de la católica provincia del Franco Condado, que hasta nuestros dias ha conservado siempre vivos los vestigios del espíritu de fé. Francisco entró á la edad de diez y siete años en la compañía de Jesus, donde desde luego fueron apreciados los singulares dones con que le habia favorecido el Espíritu Santo. Estuvo encargado sucesivamente de las cátedras de humanidades, filosofía y sagrada escritura, y su mérito no tardó en abrirle el camino de las prelacías. Fué primero superior de la casa profesa de Nancy y luego rector del colegio de Leon, y desempeñaba el mismo cargo en el de Dole cuando el Señor le llamó á sí el 25 de noviembre de 1637.

La inclinación del P. Poiré era á las tareas de la literatura mística y ascética, y las acometió con todos los auxilios que le prestaban sus profundos conocimientos teológicos. Citaremos como monumentos de su ingenio en estas materias su excelente *Tratado de la ciencia de los santos*, publicado en 1638, y su *Coleccion de meditaciones* que salió á luz en 1641.

Pero su obra mas importante, la que lleva mas fuertemente estampado su sello, es la que hoy reimprimimos. El P. Poiré, educado en un instituto que ha figurado siempre en primera línea desde su fundacion para promover la devocion y el amor á la reina de los cielos, merecia ser intérprete de los sentimientos de la compañía de Jesus. *La triple corona de la bienaventurada virgen Maria* se publicó por primera vez en París en 1630 en tamaño de cuarto, que conservó en la segunda edicion (1633). De allí á diez años se publicó la tercera en folio, que además de la dedicatoria á la madre de Dios llevaba otra del impresor

Sebastian Cramoisy á la piadosa duquesa de Aiguillon. Por esta edicion damos la presente nuestra.

El plan seguido por el P. Poiré en esta vastisima obra, donde trataba de reunir las producciones mas ricas y elocuentes de todos los siglos en alabanza de Maria, correspondió á la magnificencia del asunto. Como el objeto era ensalzar á la gran reina del cielo y de la tierra, pensó el piadoso autor que la ofrenda de una corona era el homenaje mas expresivo de sus sentimientos. Pero una corona sencilla no hubiera significado suficientemente la alta dignidad de Maria. La iglesia en la tierra ciñe las sienes del vicario de Jesucristo con triple corona para significar la plenitud del reino espiritual que él posee. Maria debia con mucha mas razon de recibir los honores de la tiara, y con tanta mas justicia cuanto que veneramos en ella tres calidades principales en que se resumen todas sus grandezas, es á saber, *la excelencia, el poder y la bondad*. *La excelencia* consiste en una prerogativa tan sublime, que no puede concebirse sobre ella mas que la divinidad: esa inefable prerogativa es la maternidad divina. *El poder* de Maria procede de su excelencia misma y no tiene limites: ella reina despues de Dios y con Dios. *La bondad* es la pension de esa infinita supremacia: la madre de Dios es por adopcion madre de los hombres y empuña en sus manos el cetro de la misericordia. Excelencia, poder y bondad se unen por una tripla alianza en la augusta frente de Maria: tal es la diadema con que quiso adornarla el devoto y erudito autor.

Mas como el esplendor de una corona está en las joyas que la forman, el P. Poiré se puso á buscar las piedras mas preciosas para hermosear sus tres diademas. El número necesario para cada una estaba determinado en la profecía del discípulo amado, el cual nos dice que la mujer misteriosa cenía su cabeza con una corona de doce estrellas. Escogiendo pues los números tres y doce, que son sagrados,

compuso con maravilloso arte su obra entera, y vamos á ver que no le faltó materia.

Lo primero que habia que hacer era formar la corona de excelencia, es decir, medir la naturaleza y extension de la prerrogativa de madre de Dios, que es el fundamento de todas las grandezas de Maria. Era necesario hurtar, digámoslo así, al cielo la nocion de estas doce primeras estrellas, cuyo brillo refleja en las que forman la segunda y tercera corona.

El autor señala por primera estrella la eterna predestinacion de Maria para madre del hijo de Dios encarnado. El pensamiento de un hombre Dios estuvo eternamente presente á la santísima Trinidad; mas el hombre Dios supone una madre en cuyas entrañas toma la naturaleza humana por obra del Espíritu Santo. La relacion del hijo á la madre es necesaria: la maternidad divina pues, en cuanto concebida y preparada en el entendimiento de Dios, asocia Maria á los planes eternos por medio de una predestinacion que no tiene otra superior que la de Jesucristo, á la que está unida inseparablemente.

Pero antes de manifestarse al exterior esta predestinacion inefable es anunciada y figurada por símbolos. Esta nueva relacion de Maria con Jesucristo, que debe ser su hijo en el tiempo como lo es del Padre en la eternidad, forma la segunda estrella. Las figuras sacadas de los objetos insensibles se eligen en número de seis; á saber, la zarza ardiendo, la vara de Aaron, el vellocino de Gedeon, el arca de la alianza, el trono de Salomon y la nube de Elias. Igualmente se sacan de la Escritura doce símbolos vivientes, que son Eva, Sara, Rebeca, Maria (la hermana de Moisés), Axa, Iael, Judit, Ester, Betsabée, Abigail, Marta y por último la contemplativa Maria, hermana de Lázaro como la anterior.

La madre de Dios predestinada y figurada fué al fin criada por la potencia divina en la plenitud de los tiempos.

Confiéresele magníficamente la calidad de hija del padre celestial, y esa es la tercera estrella. La creacion es una paternidad: ¿y sobre qué ser la ejerció con mas munificencia el padre de todas las cosas? La adopcion es una segunda paternidad: ¿y quién de nosotros ha sido adoptado mas estrechamente por el criador, que en cierto modo admite á Maria en su augusta potencia de filiacion?

El Espíritu Santo hizo á Maria su verdadera esposa, y la hizo divinamente fecunda en la Encarnacion. Para esa vocacion sublime la atavió con todas las riquezas de las virtudes y dones de su gracia, y difundiéndose en ella descubrió en un grado incommensurable los tesoros de perfeccion que habia preparado. Esta calidad de esposa del Espíritu Santo es la cuarta estrella.

La quinta resplandece en el conjunto de las perfecciones naturales que hacen de Maria la obra acabada del poder de Dios, la maravilla de la creacion: nobleza de origen, hermosura incomparable, inteligencia sublime, bondad que se derrama sobre todas las criaturas.

Pero los dones de la gracia, cuya reunion forma la sexta estrella, son mucho mas sublimes en Maria, y los de la naturaleza no forman sino una imagen imperfecta. Esta gracia difundida en ella con tanta abundancia desde el instante de su concepcion, se acrecentó en una progresion que el pensamiento del hombre no puede sondear, y vino á ser en Maria el principio de un mérito que sobrepuja el de todos los santos juntos.

La exencion total del pecado nos descubre en la madre de Dios un grado de gloria que nosotros pecadores debemos de proclamar con santa envidia como la séptima estrella de la primera corona. Esta armonia perfecta con la santidad increada de Dios se manifiesta primeramente en la concepcion inmaculada de Maria, la cual no estuvo sujeta á la mancha del pecado original, y luego en la exencion absoluta del pecado actual que nunca llegó á ella, ni alte-

ró en lo mínimo la santidad creada con que resplandece.

María es bendita entre todas las mujeres: esta es la octava estrella. Sobre ella no cayó la maldición de Eva: bendita en su fecundidad virginal, bendita por la aclamación de todos los seres que la celebran, llena todos los caracteres de bendición figurados en aquella tierra prometida que Dios amó, en el tabernáculo de la alianza en que descansó su majestad en el desierto.

La novena estrella nos muestra á María como reina y madre de las virtudes. Los siete dones del Espíritu Santo han fijado su morada en el santuario del corazón de esa señora, é igualmente residen allí los doce frutos de ese divino espíritu enumerados por el Apóstol. Las ocho bienaventuranzas pregonadas por la boca misma del Salvador se cumplen y son coronadas en ella con magnificencia.

Las maravillas de la gloria que resplandecen en María, son significadas por la décima estrella: la gloria de su muerte, que superó en suavidad y sosiego á la de los mas insignes amigos de Dios; la gloria de su ascension en cuerpo y alma, que trae á la memoria la ascension de su divino hijo; la gloria de su triunfo, que puso en conmoción á toda la corte celestial; la gloria de su cuerpo que ilumina al cielo con los rayos de su resplandor; la gloria de su alma, que sobrepaja en brillo y en perfecciones á todas las gerarquías angélicas; la gloria de su trono, que domina á todo cuanto no es Dios.

Segun la predicción de la misma bendita Virgen todas las generaciones han de llamarla bienaventurada. La undécima estrella figura este unánime concierto, en el cual oímos sucesivamente á los gentiles, que vivieron en la expectación del hijo de esta virgen, la cual debía de dar á luz al libertador universal; oímos á los judíos, que esperaban habia de salir de su linaje; oímos á los musulmanes, que siempre la han venerado á pesar de las tinieblas de su infidelidad; oímos á los príncipes, que han tenido á honra poner sus coro-

nas á los piés de ella; oímos á las naciones cristianas de ambos mundos, todas las cuales han erigido algun santuario augusto, donde resplandecen las muestras de los prodigios obrados por esta señora; oímos á las órdenes religiosas, que colmadas de gracias y mercedes á porfia son otros tantos monumentos de las glorias de María y otras tantas trompetas que publican sus alabanzas.

Por último la duodécima estrella consiste en la reunion de todas las perfecciones distribuidas á los diversos órdenes de la creación y acumuladas por la mano del mismo Dios en aquella, á quien escogió para madre de su hijo. El autor las resume así: la flor mas suave, la perla mas brillante, la piedra preciosa mas relumbrante, la luna, el sol, el jardin de delicias, el templo de Dios, el mundo de Dios, el trono de Dios, el carro de Dios, la corona gloriosa de todos los santos.

Pasando en seguida el P. Poiré á la segunda diadema, la del poder, en la cual brillan tambien doce estrellas maravillosas, halla la primera en aquel glorioso poder que tuvo María de atraer el Verbo divino á la tierra por el ansia de sus deseos mas vehementes que los de todos los patriarcas y profetas, por los celestiales atractivos de su suma santidad, por su humildad profunda y sin igual, por la conformidad con que accedió á la voluntad del Altísimo propuesta por el ángel, conformidad sin la cual no debía de obrarse el misterio de la encarnación.

El poder de María se descubre tambien en que suministró de su purísima sangre y de una manera inefable la materia de aquella carne que habia de unirse al Verbo divino, y en que ejerció por su calidad de madre una autoridad real sobre el hijo de Dios encarnado; y esta es la segunda estrella.

La tercera expresa estotra forma de poder que María ejerció sobre el hijo de Dios y suyo criándole con sus castos pechos y dirigiendo sus primeros pasos.

Todos los misterios de la esposa de los Cantares se

cumplieron en María, esposa del Verbo divino, que se une á las almas fieles; y esta gloriosa union de que participó mas que todas las otras juntas, la hizo participante del poder de aquel esposo celestial. Honramos en este misterio la cuarta estrella.

Su hijo es llamado el padre del siglo futuro, el reparador del linaje humano. María se nos presenta en la quinta estrella de su poder participando con él de esos titulos gloriosos. Ella ofreció en el Calvario la víctima que nos abría por su sangre las puertas del cielo: ella padeció con el Redentor y mezcló sus lágrimas con la sangre que corría de las llagas del hombre Dios. Si este por su muerte convirtió la bendicion en maldicion; es porque María fué sustituida antes á Eva.

El poder de María aparece en la sexta estrella en que el Verbo, que tomó para sí la calidad de cabeza de su iglesia, la instituyó reina de ella y puso en sus manos el poder de propagar la fé en el mundo, destruir las herejías, dirigir á los apóstoles, alentar á los mártires, ilustrar á los pontífices, inspirar á los doctores, santificar á los confesores, suscitar las vírgenes y velar con solicitud sobre los fieles que viven unidos con el vínculo conyugal.

Pero María no es solo la reina de la iglesia, sino también su poderosa protectora, y esta otra rama de su poder es figurada por la séptima estrella. Ella ama con un amor invencible á esa familia que forma el cuerpo de su hijo: por ella esta mano inmortal desafía todas las borrascas: ella es la torre de David de donde cuelgan mil escudos y que protege para siempre la ciudad santa.

Y como la iglesia es también el ejército del Señor, María investida de una potestad de mando que se representa en la octava estrella, se adelanta y sale al encuentro de todos los enemigos que quieren detener la marcha de aquel ejército invencible. Estos enemigos se dividen en cuatro clases; los demonios, los mágicos, los herejes y los blasfemos. La his-

toria atestigua la cuádrupla victoria que María ha alcanzado de ellos.

La novena estrella de poder en la madre de Dios figura el rico tesoro de que es dispensadora. Este tesoro inagotable se compone de las gracias de su hijo, de cuya distribución está encargada pasando todas por sus manos para llegar á nosotros.

El hombre Dios es establecido por su padre sobre un tribunal, desde donde juzgará á los vivos y á los muertos. Al pié de este tribunal ejerce María el poder de abogada y medianera, simbolizado en la décima estrella; poder inmenso, porque estriba en los derechos de una madre para con su hijo y está reconocido por el ternísimo corazón de este hijo, que quisiera se salvaran todos los hombres.

Antes de la encarnacion del Verbo Satanás era el príncipe de este mundo, que se habia sometido á él por el pecado. El hijo de María le destronó, y sentándose á la diestra del Padre vino á ser rey del mundo redimido. María es la reina y señora soberana de él, y toda la obra de Dios está sujeta á sus leyes: esta es la undécima estrella de poder.

La duodécima y última de esta segunda corona es la omnipotencia de María. Su hijo por su union con la persona del Verbo entró en posesion del poder divino: nada se resiste á él y su operacion no conoce limites. Quiso que su madre participara, en cuanto es posible á una simple criatura, de la fuerza irresistible que reside en él: ve ahí por qué resuena en todos los siglos la fama de los prodigios de todas clases obrados por María, y por qué todas las generaciones han esperado en ella con una esperanza nunca defraudada.

A su vez parece la corona de bondad relumbrante con sus doce piedras preciosas como las dos primeras, y el brillo de las estrellas que la componen, mas suave y apacible á los ojos de los hombres; regocija los corazones de ellos y los dispone para recibir las emociones de una confianza invencible.

El primer astro de estos representa la parte que María fué llamada á tomar en la predestinacion de los escogidos. Su hijo es el principio de esta merced suma: el Padre hace participante de ella á María de un modo inefable, salvando á todos aquellos en quienes ve con la semejanza de Jesucristo las señales de la adopcion materna de su muy amada hija.

María se llama la madre del amor hermoso, porque en su corazon habita la caridad divina como en un centro: ella desahoga en nosotros este amor y nos pare á la dileccion por mil medios propios de su ternura; de suerte que si amamos á Dios, lo debemos despues del Espiritu Santo á los desvelos é influencia de la Señora. Esta prerogativa de bondad es figurada por la segunda estrella.

Nuestra poderosa reina tiene distinguidas mercedes para aquellos á quienes cabe la honra de acercarse mas á ella. Primeramente les proporciona el adelantar y medrar en la corte de su hijo: al lado de ella alcanzan un valimiento que todo lo consigne, y gusta de hacerlos partícipes de sus mas finas caricias. La historia de los santos abunda en monumentos de esta inefable amabilidad y cortesania, que se representa por la tercera estrella.

La cuarta significa las atenciones y esmeros de toda clase que María se digna de mostrar á aquellos que han hallado el fácil camino de su corazon maternal. Ella se deleita en disponerlo todo para llevarlos á la senda de su salvacion y perfeccion, como lo atestan los anales de la santidad en cada página.

¿Quién podrá decir hasta dónde llega la liberalidad de esta augusta soberana? En el órden de la naturaleza se le ha pedido la salud, el feliz éxito de las empresas, el aumento y madurez de la inteligencia, la conservacion de las familias próximas á extinguirse; y todo se ha obtenido. En el órden de la gracia las virtudes, para cuya adquisicion se habia trabajado sin fruto, descenden de suyo al alma que

se confia á María por la oracion y una entrega absoluta. Esta liberalidad tantas veces experimentada es la cuarta estrella.

El corazon de una princesa tan poderosa tiene á honra el mostrar una señalada gratitud para con aquellos que se glorian de ser súbditos suyos. ¡Cuántos beneficios no ha otorgado á las naciones que la servian como á su reina, mientras perseveraron fieles!; Cuánto no ha hecho por las ciudades que han solicitado su patrocinio y se han mostrado dignas de él por su celo en confesar tan afortunada dependencial Y los emperadores y reyes, los capitanes y caudillos de ejércitos que han puesto sus estados ó sus tropas bajo la égida de la Señora, ¿han visto jamás frustrada su confianza? ¿No les ha devuelto siempre María con usura lo que ellos habian anticipado? Esta gratitud de su corazon tan fiel se cuenta por la sexta estrella de la corona de bondad.

La séptima la hallamos en ese precioso título de madre de misericordia que la iglesia aplica á María, y que esta amable reina se ha dignado de merecer por su conmiseracion hácia los pecadores. Seria inútil tratar de fijar límites á la misericordia de María: Dios extiende la suya sobre todas sus obras, y ha querido que la madre de su hijo le asistiese siempre en el ejercicio de esa divina prerogativa.

La octava estrella es la calidad de protectora que María ejerce con los suyos: Ella los defiende de los peligros del cuerpo y los libra de los del alma; desbarata las estratagemas de los espíritus de malicia; ahuyenta las tentaciones; y disipa las ilusiones que pudieran extraviar á sus siervos del camino de la salvacion.

La madre de Dios es para las almas de sus hijos una maestra que los instruye en toda la doctrina de su hijo. Ella los ejercita para que hagan todos los adelantamientos que desea Dios en sus escogidos: si yerran ó se descaminan, ella los corrige y los vuelve al camino. Este ministerio de solicitud está representado en la corona de bondad por la novena estrella.

El precioso título de consoladora de los afligidos resplandece en la décima. ¡Cuántas angustias ha calmado María! ¡Cuántos corazones oprimidos de dolor han recobrado por ella la tranquilidad y el consuelo! ¡Cuántos desesperados han dado cabida en su espíritu á la confianza, así que ella ha tenido por bien de lucir á manera de arco iris entre las borrascas de aquellas almas llagadas!

María refugio de pecadores: esta es la undécima estrella. En la antigua ley habia ciudades de refugio: los gentiles tenian sus asilos; pero todos esos eran unos débiles símbolos de la seguridad que el pecador encuentra en los brazos de María. Los rayos disparados por el Señor no pueden ya herirle, porque la madre de Dios toma su defensa y le sirve de escudo.

La duodécima y última estrella de la corona de bondad significa el ministerio de amor que María ejerce en favor de sus hijos en la hora postrera. Ella es su poderoso auxilio en aquel lance terrible. El miedo natural de la muerte se calma en el corazón del moribundo que siente cerca de sí á una madre tan compasiva. Ella vela también para alejar de sus favorecidos los peligros de la tremenda sorpresa que llamamos muerte repentina. Los asaltos que habia preparado el enemigo muy de antemano para aquel instante crítico, tornan en confusión suya. Cuando el alma sale del cuerpo, María la asiste ante el tribunal de su divino hijo, y si es enviada aquella pobre alma al lugar de la expiación, la madre de Jesús se digna de bajar allí muchas veces y de mitigar con su amable presencia los rigores del destierro.

Tal es en conjunto esta magnífica composición, en la que el autor cumple superabundantemente todo lo que promete. Los innumerables testimonios de los santos padres y doctores, una gran copia de hechos, todos á cual mas interesantes, acoitados con una piadosa complacencia para ilustrar la doctrina, un estilo sencillo y natural, pero ricamente adornado, un acento de piedad que entenece y roba los co-

razones, dan á la obra del P. Poiré un carácter de originalidad poco comun. Es verdad que habiendo escrito el autor antes de los grandes adelantos de la crítica moderna dió demasiada autoridad á ciertos escritos que se atribuan á diversos padres de la iglesia, y que luego han resultado ser algo mas modernos. Este inconveniente inevitable, que es comun igualmente á los sabios Baronio y Belarmino, no puede perjudicar á *La triplice corona de la bienaventurada virgen Maria*, así como no ha destruido el mérito, ni rebajado el valor de los *Anales eclesiásticos* y de las *Controversias*, obras de aquellos dos cardenales esclarecidos. En libros de tamaña importancia son muchísimos y muy incontestables los testimonios, para que pierdan algo de su solidez porque resulten un poco mas modernos ciertos textos que el autor alegaba como mas antiguos. El libro no por eso deja de ser lo que es, un monumento de la mas profunda erudición, así como un trofeo de la devoción mas ardiente y tierna á María santísima.

El P. Poiré despues de haber coronado con triplice diadema á la madre de Dios emplea lo restante de su obra en proponer á los fieles los deberes que los ligan con tan gran reina, y los homenajes que están obligados á tributarle. Esta parte enteramente práctica del libro es la consecuencia de lo que antecede y abunda en doctrina y unción no menos que la primera. La gratitud á María es la conclusion primordial que intima á sus lectores despues de haberlos embelesado y arrebatado con la descripción de las tres coronas de excelencia, poder y bondad, que adornan la frente de la madre de Dios.

De esta gratitud se derivan la profunda estimación que deben de hacer los fieles de las grandezas y prerogativas de María; la confianza que tanto poder y tanta honrad engendran en los corazones; el amor que les infunden tantas perfecciones y beneficios; el celo para ganarle corazones; las obras de misericordia que le hace tan gratas su amor á los

hombres; las acciones de gracias con que sus devotos desahogan el agradecimiento en que rebosan; las prácticas de su culto que bajo variadas y graciosas formas hacen el regocijo de la iglesia y la dicha de las almas piadosas; las obras de mortificación, ofrecidas á la justicia de Dios en honra de esta madre de misericordia y aceptadas por él con particular benevolencia; el ansia por imitar las virtudes de que María da ejemplo á los fieles de todas clases; el anhelo por alistarse en las hermandades y congregaciones erigidas para su servicio; y por último la solicitud en promover su gloria por todos los medios, porque la voluntad de Dios es que María sea alabada y ensalzada en el cielo y en la tierra por los siglos de los siglos.

Estas doce especies de homenajes, dictados por el reconocimiento á la madre de Dios, son la materia de otros tantos capítulos que el P. Poiré trata con gusto y adorna con todas las galas suministradas por la ciencia y la piedad, y se terminan en una consagración del autor y de la obra á la augusta reina, cuyas grandezas y suma misericordia ha celebrado con tanta efusión.

Un libro como este, publicado en una época en que el jansenismo no había resfriado la devoción, debía de ser recibido muy favorablemente; y así lo prueban las tres ediciones que de él se hicieron, no obstante que era tan voluminoso. Es bien sabido que después de 1643, en cuyo año se hizo la última edición, mudó de carácter la literatura religiosa. El siglo que aprobaba la *Frecuente comunión* de Arnaldo y los *Ensayos* de Nicole, no podía tener mucha inclinación á aquellas obras dictadas por una fé ardiente y una piadosa ternura. Pronto cayeron en el olvido todos los libros anteriores á la irrupción del jansenismo: muchos perecieron y los demás quedaron sepultados entre el polvo de las bibliotecas. Sin embargo varias obras de estas eran dignas de mejor suerte, como puede juzgarse hoy después de haberse reimpresso la *Teología afectiva* de Luis Bail y

las *Conferencias* teológicas del P. d'Argentan. La buena acogida que estos libros han tenido en los últimos años, muestra que nuestro siglo sabe apreciar mejor las producciones del ingenio católico que los dos precedentes.

Sin embargo antes de sumergirse *La triple Corona de la bienaventurada virgen María* en este naufragio universal fué objeto de la particular atención de una ilustre hija de San Benito, sor María Jacoba Blouette de Blemur, religiosa primeramente del célebre monasterio de la Trinidad en Caen y luego del del Santísimo Sacramento en París. Esta piadosa y erudita monja intentó salvar del olvido el libro del P. Poiré dándole otra forma y aun otro título y retocando su estilo; mas no consiguió su loable objeto.

Al reimprimir nosotros la obra del P. Poiré en su antigua forma y con su mismo título hemos creído que no debíamos de privar á nuestros lectores de las importantes adiciones que compuso la madre María Jacoba de Blemur.

Ofrecemos pues este libro al clero con la confianza de que hallará en él poderosos auxilios para instruir mas y mas á los fieles sobre las ventajas de la devoción á María y para reanimar los sentimientos de fé y de amor, que producirá siempre la contemplación de las perfecciones de la coredentora del linaje humano. *Las glorias de María* y la paráfrasis de la Salve por San Alfonso de Liguorio han sido bien recibidas; pero no pueden de ningún modo compararse estos tiernos monumentos de la ciencia y la piedad del santo obispo con la Suma mariana que hoy sacamos nuevamente á luz. Las comunidades religiosas hallarán tambien en ella un alimento sólido y sustancial de esa piedad hácia María, que forma el bien comun de todos los institutos suscitados por Dios en la iglesia para la práctica de la perfección evangélica. Por último los simples fieles tendrán un tesoro riquísimo inagotable de luces y afectos, donde podrán ir á buscar nuevos motivos para darse al culto y á la imitación de la virgen santísima. Tal ha sido nuestro objeto.

Hemos sido escrupulosos en cuanto á la fidelidad de la reimpression, porque las obras de esta clase pueden analizarse y criticarse; pero si se quieren reimprimir, su misma originalidad impone respeto, y es menester guardarse de estampar en ellas el sello de los tiempos posteriores. Nosotros al paso que reconocemos las imperfecciones de este libro, confesamos ser incapaces de corregirle.

Séanos lícito ahora decir dos palabras acerca de los sentimientos con que ofrecemos de nuevo á la madre de Dios la triplice corona que el fervoroso jesuita le tejó hace mas de dos siglos. Estos sentimientos de ilimitada confianza en el poder y bondad de la madre de Dios y de los hombres son los que deseamos experimentar los católicos á cuyas manos llegare la presente obra.

Los tiempos en que vivimos, son graves para la suerte futura del mundo: las sociedades humanas desquiciadas en sus cimientos están llamando una mano poderosa que las sienta otra vez sobre ellos. El hombre, llámese como se quiera, es de aqui adelante impotente para salvar todo lo que está en peligro. Levantemos pues los ojos á lo alto é imploremos auxilio. El brazo de Dios no se ha abreviado: la obra de sanar á todas las naciones de la tierra es árdua y pide un gran esfuerzo; pero no es superior al poder de María.

Si Dios salva al mundo (y le salvará); la salvacion vendrá por María. Por ella extirpó el Señor las espinas del gentilismo: por ella triunfó sucesivamente de todas las herejias; y hoy porque el mal ha llegado al colmo, porque todas las verdades, todos los deberes y todos los derechos están amenazados de un naufragio universal, ¿es esa una razon para creer que no triunfarán otra vez Dios y su iglesia? Confesemos que hay materia para una importante y famosa victoria, y por eso nos parece que el Señor ha reservado á María todo el honor de ella. Dios no se arredra por las dificultades y obstáculos como los hombres.

Sin duda las convulsiones de la sociedad humana pueden ser largas y terribles en los dias en que vivimos; pero el Señor ha dado las naciones en herencia á su hijo, y por mas que hagan, no se sustraerán del poderío de ese dominador supremo y por siempre bendito. El en su justicia las castigará y en su misericordia las salvará. Cuando sean llegados los tiempos, María, estrella serena y pacífica de los mares, se levantará sobre el borrascoso piélago político, y con su benéfica influencia se amansarán las olas embravecidas. Entonces no habrá mas que una voz de reconocimiento, que suba hácia la que aparecerá otra vez como el signo de paz despues de este nuevo diluvio. María es la clave de lo futuro, así como es la reveladora de lo pasado.

Si los que no son cristianos, se admiran de nuestras palabras, y si nuestros pensamientos parecen singulares y exagerados á los que siendo cristianos no comprenden todavía que el hijo de Dios hace todas las cosas en este mundo para la gloria de su madre; no nos quejaremos. Pero tal es la esperanza que abrigamos en lo íntimo de nuestro corazon: la iglesia triunfará siempre de todos los obstáculos que se le ponen por delante: nunca será vencida; nunca prevalecerán contra ella las potestades del infierno. Triunfará hasta las puertas de la eternidad, y la razon de este triunfo consiste en que María es para siempre el auxilio de los cristianos, *auxilium christianorum*.

Fr. Próspero Gueranger,

ABAD DE SOLESMESS.

DEDICATORIA DEL AUTOR

A LA MADRE DE DIOS.

PERDONA, te ruego, oh princesa de la tierra y del cielo, si he tenido la temeridad de tocar á tus excelencias para hacerte una corona de ellas. En efecto ¿quién soy yo para labrar unas piezas tan peregrinas como son tus régias grandezas? ¿Y qué otra cosa he hecho mas que sacar las estrellas del cielo para engastarlas en la tierra? He faltado, lo confieso; pero ¿no te ofenderás si digo que ha sido mas por afecto que de propósito y mas por respeto que por temeridad? Acaso me dirás que he tenido demasiada presuncion en mis fuerzas. Este cargo me sería insoportable, si por mí mismo me hubiera embarcado en tanta empresa; mas ¿cómo habia de negarme á las repetidísimas y empenadas instancias de tantas personas de honor? ¿No te acuerdas cuántas veces tus amados hijos los muy respetables hermanos de la congregacion erigida en la noble ciudad de Aviñon, una de las mas esclarecidas cofradias que hay en toda Francia, me alegaron que los discursos pronunciados por mí en su favor no eran ya míos, sino suyos, y que ellos cargarían con la confusion que yo tenia motivo de temer si los extendia por escrito? ¿No han llegado al extremo de una amistosa coaccion, y no han pro-

testado que en el caso de hacerme el reacio no les faltaban medios para obligarme á condescender por fuerza con su equitativa pretension? Pero ¿por qué yo mal aconsejado me canso en buscar justificacion para contigo? No; consiento en ser culpable solamente por tener un nuevo motivo de ofrecerte en satisfaccion de la culpa cometida mi corazon, mi alma, mi vida y todo cuanto te pertenece ya por un millon de títulos, y á fin de poder decir á pesar de la muerte y del infierno que será todo de María en el tiempo y en la eternidad.

PLAN DEL AUTOR.

I. **E**L Espiritu Santo le trazó en dos lugares de los libros sagrados. El primero está en el capitulo XII del Apocalipsis, donde se ve á una mujer rodeada de varios simbolos misteriosos y con una corona de doce estrellas en la cabeza, de la que salen tantas maravillas como rayos. Esta mujer es la verdadera figura de la madre de Dios, como declararon San Epifanio (1), San Ambrosio (2), San Agustin (3), San Metodio (4), San Bernardo (5), San Bernardino de Sena (6), San Antonino (7), Dionisio el Cartujo (8) y otros.

II. El segundo está en el capitulo XXV del Eclesiástico, donde despues de publicar diversas grandezas de la Virgen santisima, como de aquella á quien la iglesia y los santos padres atribuyen por derecho de participacion

(1) Sermon. de sancta Dei-
para.

(2) In cap. XII Apocal.

(3) Lib. 4 de symbol. ad ca-
tech., c. 4.

(4) Apud Aretam in cap. XII
Apoc.

(5) Sermon. in Signum ma-
gnum.

(6) Tom. I, conc. 61, art. 2.

(7) c. 4.

(8) Parte IV, tit. 45, c. 20.

(9) Lib. 3 de laudibus Vir-
gin., art. 29.

los privilegios de su muy amado hijo, que es la sabiduría increada y encarnada, la hace recopilar todas sus prerogativas, diciendo segun la version griega: *Con tres cosas me adorné y me levanté hermosa delante de Dios y de los hombres* (1).

III. En estos dos admirables pasajes me ha parecido que el Espíritu Santo me ofrecia el plan de esta obra. Pero para ampliarle mas es necesario que tome yo un magnifico discurso que hace el elocuente San Ambrosio en el libro de la Instruccion de las Virgenes (2), en donde explicando estas palabras del Cantar de los cantares: *Salid y ved, hijas de Sion, al rey Salomon con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazon* (3); dice que la Virgen coronó á su hijo, el rey de gloria, cuando le concibió, porque revistiéndole la túnica de nuestra humanidad, por el mismo medio le puso en la cabeza una corona de eterna benignidad, para que mediante la fé de las naciones fuese reconocido por cabeza de nuestro linaje. El abad Guerrico (4) dice lo mismo que San Ambrosio; pero ó yo me equivoco, ó San Bernardo (5), maestro del mismo abad, pondera dignamente el bello pensamiento de aquellos dos grandes hombres, diciendo que el principe del cielo viéndose así coronado no quiso ser vencido en liberalidad, sino que al mismo tiempo puso en la adorable cabeza de su madre inmaculada una corona labrada por su propia mano y tan incomparable

(1) Eccl. XXV.

(2) Cap. 16.

(3) Cantic. III, 14.

(4) Serm. 4 de Assumpt.

(5) Serm. in *Signum magnam*.

en precio como peregrina en invencion. Yo haria escrupulo de omitir sus preciosas palabras: ve aquí pues las que dirige á la reina de los ángeles. * ¿Cuál habrá de ser tu mérito, oh gran señora, cuando contrajiste una union tan firme y una amistad tan estrecha con Dios? ¿Cuál es tu favor y tu ventura! Dios habita contigo y tú con él. Tú le cortas un vestido de tu propia carne, y él te reviste de la gloria de su majestad. Tú cubres el sol con una nube y te engalanas con el mismo sol. Y así como Dios obró una maravilla en la tierra haciendo que una mujer llevase en su seno á un hombre que juntamente fuese un sol, de la misma manera obró otra en el cielo haciendo que una mujer estuviese rodeada de Dios mismo, que excede en claridad á mil soles. Tú le coronaste y reciprocamente fuiste coronada por él. Levantaos pues, hijas de Jerusalem, venid á saludar á vuestra reina y vedla coronada con la diadema que le puso su hijo sobre la cabeza por honor. Admirad esa rica corona y decidnos si esa régia cabeza no merece ser coronada de estrellas, supuesto que resplandece ella sola mas que todas las estrellas del firmamento, las cuales son mas honradas coronándola que ella recibiendo semejante corona. Mas ¿por qué no ha de ceñir la corona de estrellas, cuando el mismo sol le sirve de manto? ;Oh qué de maravillas se encuentran en esa corona estrellada! ¿Quién será el que nos descubra alguna parte de ella? En mi pobre juicio esas doce estrellas nos representan bastante naturalmente doce grandezas ó prerogativas de la madre de Dios. *

IV. Todo esto y aun mas dice este excelente doctor francés, cuyo concepto viene tan adecuado á mi asunto,

que de ningun modo quiero apartarme de él. Bien es verdad que fundándome en la autoridad de la virgen madre, que nos ha dicho que su perfecta hermosura consiste en tres cosas, no presumo limitar mi discurso á un solo modo de privilegios, sino mostrar tres especies de grandezas que parecen en ella como otras tantas piezas de la incomparable hermosura que llama la atencion de los ciudadanos del cielo y de la tierra.

V. Y para decirlo mas claramente, mi intento es presentarla en el teatro de honor con una triplice corona en la cabeza, que denotará tres especies de perfeccion que posee ella en sumo grado; es á saber, sus grandezas de excelencia, de poder y de bondad. La primera corona contendrá sus excelencias de naturaleza, de gracia y de gloria; la segunda representará su poder y sus influencias en todo el cuerpo místico de la iglesia; la tercera los raros efectos de su sin igual bondad. La corona de excelencia bien entendida se tejerá con las prerogativas que le convienen á ella privativamente á cualquier otra, sin decir de otra manera relacion á nosotros. La corona de poder será como una muestra de la autoridad que Dios le dió sobre toda la iglesia en general, y de las maravillas que obra para conservarla y adelantarla. La corona de bondad mirará mas particularmente á los devotos de la Virgen santa, que teniendo mas parte que los otros en su buen afecto la tienen tambien mejor en sus mercedes y gracias.

VI. Cada corona de estas se compondrá de doce grandezas como de doce estrellas, que serán en todo doce grandezas de excelencia, doce de poder y doce de bondad. Me he fijado en este número con tanto mayor gus-

to, quanto menos debia de apartarme de la figura elegida por mi y que el Espiritu Santo se complació en consagrar, si puede decirse así, como se ve claramente en los doce patriarcas antiguos, en las doce tribus, en los doce títulos ó altares erigidos por Moisés, en las doce piedras que se sacaron del fondo del Jordan por orden de Josué, en las doce piedras preciosas engastadas en el racional del sumo sacerdote, en los doce bueyes que sostenian el mar de bronce, y en la mayor parte de los utensilios del templo, en los doce leones que estaban á un lado del trono de Salomon, en los doce apóstoles, en los doce cestos de sobras que se recogieron despues de alimentar Jesus al pueblo con cinco panes y dos peces, y mas particularmente aun en la santa ciudad de que habla S. Juan en su Apocalipsis, donde vió doce fundamentos, doce puertas, doce estadios cuadrados, doce piedras preciosas, doce frutos del árbol de vida y doce mil de cada tribu, que estaban señalados con la sangre del cordero. Estas doce grandezas distribuidas en otros tantos capitulos suministrarán ya doce á cada tratado, y añadiendo á esto el discurso fundamental que precederá á todo como una antorcha, y la conclusion que por vía de resumen recopilará las obligaciones que tenemos de amar, honrar y servir á la madre de Dios por todas estas grandezas, resultará que cada tratado ha de componerse de catorce capitulos. Finalmente para promover en algun modo los loables sentimientos de aquellos que reconozcan estar sumamente obligados á la reina del cielo, he unido á los tres anteriores un tratado entero, que contiene la práctica de los reconocimientos debidos á tantas grandezas.

VII. Confieso que no he tenido valor de andar en busca de grandes adornos para engalanar esta obra, mucho mas cuando me persuado á que la simple manifestacion de tantas grandezas ha de agradar mas al lector que todas las curiosidades con que pudieran hermosearse. Añádese que me fio tanto en el afecto que profesa á la madre de Dios, que creeria hacerle un agravio si le ofreciera otro cebo que su propia inclinacion para hacerle tomar gusto á las alabanzas de la que domina en su corazón. La reina del cielo es demasiado amable por si para que queramos hacerla amar por artificio. Por tanto no habiendo en adelante nada que nos detenga, y teniendo la excelencia del asunto bastante virtud para conquistar los corazones y cautivar los entendimientos, entremos en el discurso de las grandezas de esta princesa incomparable.

TRATADO PRIMERO.

ORIGEN DE LAS CORONAS.

I. No bien hubo nacido en la tierra, ó por mejor decir, no bien hubo bajado del cielo la majestad, madre de la excelencia, cuando al punto se vió cargada de coronas; en lo cual los que pensaron tributarle este honor, tuvieron tanta mas razon, quanto que las coronas no se inventaron sino para servir de insignias de excelencia y majestad. En efecto así que empezó á conversar entre los hombres y á ordenarlos á cierto género de vida social y comun, dió la corona á los que tenian mas mérito, haciéndolos llevar su librea y disfrutar sus favores. Los primeros á quienes hizo partícipes, fueron los reyes y principes, en cuyo semblante imprimió tales señales de majestad y excelencia, que los que las vieron, no pudieron menos de honrarlos y respetarlos. Estas coronas fueron al principio doce rayos de luz que al parecer salian de sus rostros, como se ve en los primeros reyes de Italia (1), para hacerlos mas venerables á sus súbditos, y dar á entender á estos que los que los gobernaban, traian su origen del cielo.

II. Corramos un velo á estas invenciones poéticas para

(1) Virg., de *Latino*.